

UNA NACIÓN RESQUEBRAJADA: CRÍTICA DEL ESPACIO Y DEL SUJETO MODERNOS EN *OTRAS TARDES* DE LUIS LOAYZA*

Por Reinhard Huamán Mori

La tesis fundamental de esta ponencia es demostrar que el concepto de nación que se desprende de la lectura de *Otras tardes*¹ de Luis Loayza es la imagen de una nación frustrada y apática. Toda esta aura generalizada de desaliento tiene sus orígenes en la personalidad flemática de los personajes y en el desgano que aflora a partir de la configuración de un espacio centralista y sectario, el cual termina por deshumanizar a sus habitantes gracias a la desidia y monotonía que irradia. En otras palabras, tanto espacio y sujeto contribuyen a resquebrajar una idea de nación en una perfecta simbiosis, por medio de la retroalimentación y el intercambio de flujos que aletargan y desmotivan sus entornos, ya sean psíquicos como físicos.

EL ESPACIO: DIFERENCIAS ENTRE LIMA Y SUS “PROVINCIAS”

En este libro, publicado por primera vez en 1985, la ciudad de Lima es el eje que articula y desarrolla la relación entre la personalidad de los personajes y el concepto de nación habida en los relatos. *Otras tardes* contiene 5 textos, de los cuales los primeros cuatro se presentan como un conjunto de relatos cortos cuyas características siguen la línea tradicional del modo de narrar². En cuanto al quinto titulado “Fragmentos”, presenta una estructura de tiempo no lineal ni secuencial. Es más bien una mezcla de párrafos y frases de los cuatro anteriores, como si fuesen una especie de registro escritural previo a la publicación de los relatos, o tal vez como segmentos narrativos que fueron incluidos con anterioridad en los demás relatos de la serie, pero que terminaron siendo aislados, pero insertos independientemente en *Otras tardes* por el valor de la prosa y la narración de Loayza. Este último relato en palabras de José Luis Sardón, supone el compromiso y la vocación poética del autor frente a su oficio narrativo, y su importancia radica en la contundencia de la imagen que construye: “Aunque todo compromiso tiene ese aroma insatisfecho de lo impuro, también puede portar el acierto del hallazgo novedoso. Estos textos tienen eso: son un aliento que se resuelve en un jadeo”.³

* El presente texto fue leído en el X Coloquio de Estudiantes de Literatura organizado en noviembre de este año 2005 por la Pontificia Universidad Católica del Perú.

¹ Todas las citas y referencias provienen de la edición de Adobe del año 2000 de *Otras tardes*.

² Es decir, son relatos verosímiles, con predominio del tiempo lineal con algunos retrocesos temporales y la fórmula aristotélica clásica de la tragedia: enlace y desenlace. Aristóteles. *Poética*. Madrid. Espasa-Calpe. 1979, p. 59.

³ Sardón, José Luis. “El mismo Loayza”. En: *Hueso Húmero*. N° 20. Lima. 1985. p. 165.

En cada uno de ellos, el espacio que domina y acoge a los personajes es el urbano. Dentro de este espacio sobresalen dos: el Centro de Lima y Miraflores. El primero es visto como el lugar donde se asienta la civilización, un sitio lleno de historia, con un ambiente particular en comparación al resto de locaciones habidas y desarrolladas en los textos. El paisaje del centro limeño es eminentemente ciudadano, de calles amplias en donde prevalece el asfalto, dando origen a la escasez de áreas verdes. A este se contraponen Miraflores, balneario cuyo auge empieza a fortalecerse, pues deja de ser poco a poco un escape de la aglomeración de Lima central [como sucede con Chosica] y pasa a formar parte de la vida y vivencia del protagonista y del resto de personajes. Lo que caracteriza a Miraflores [y en menor medida a Barranco] es la belleza de sus jardines, la vista al mar como espacio de recreo y descanso para la burguesía peruana. De los cinco textos narrativos, es “Enredadera” en el que gracias a sus descripciones ofrece al lector una concreta imagen del tópico del espacio ciudadano limeño en general:

“[...] recuerdo haberlas oído el primer día que pasé en Miraflores, sintiéndome desterrado de Lima, **es decir del centro de la ciudad que es lo que propiamente se llama Lima, como si los demás barrios más nuevos y alejados fueran ya el comienzo de las provincias. En el centro no hay, que yo sepa, muchos jardines**⁴.” [p. 46].

“El ambiente de las casas de Lima era distinto al de Miraflores: más denso y lleno de cosas; otra luz, otro perfume; en él [Lima] mis padres parecían contentos y seguros de sí, mientras que en la casa de mi abuela [Miraflores] debían sentirse prisioneros.” [p. 49].

Como es apreciable, Lima central es el emblema de la modernización peruana, el resto de distritos forman parte de los extramuros, es el *Otro*, como si dentro de la idiosincrasia del limeño el Perú es solo Lima, y dentro de ella Lima centro. Inclusive, esta idea de patria, de élite, se fundamenta en la desconfianza a lo externo, lo ajeno a la geografía del centro es visto con malos ojos y también como motivo de burla por parte de sus habitantes:

“[...] **reconozco la desconfianza tan limeña ante la naturaleza que he heredado de ella.**” [p. 46].

“[...] ambos eran limeños por los cuatro costados” —se refiere al padre y a la madre del narrador-protagonista— “y la vida de Miraflores los aburría. **‘Este balneario’ decía mi padre y repetía para sí, con esa costumbre suya, tan burlona: ‘este balneario’, aludiendo al nombre pedante de ‘balnearios del sur’ que tanto se repetía y que lo hacía reír.**” [p. 48].

El limeño del centro nunca podrá aceptar otra nación que no sea la suya. Los barrios aledaños e, inclusive, el resto del Perú, escapan a su concepto

⁴ A partir de esta cita en adelante todas las negritas son mías.

de territorio. Como se presume, el limeño en *Otras tardes* es un ente exclusivo, margina al elemento foráneo teniendo sus propias costumbres. Este rechazo explícito, esta discriminación son producto de la idea de que Lima es tan solo el único espacio posible, moderno y civilizado; mientras que todo lo que escapa a su geografía es inferior, carente de valor. En otras palabras, son inferiores sus habitantes, sus costumbres, su clima, etc., aún cuando la idiosincrasia limeña representada sea un abanico de apariencias y cinismos. En la cita del relato "La segunda juventud" se corrobora esta idiosincrasia de máscaras y fachadas; mientras que en la segunda cita, que pertenece a "Fragmentos", se aprecia aquella mirada ufana del sujeto de Lima central que subestima al otro limeño, al "limeño provinciano":

"[...] Mi amor fue limeño, mortecino, desesperado como la garúa, y creo que ella también sentía por mí una pequeña pasión. En la casa debíamos disimular pues yo estaba seguro, y no me equivocaba, que a sus padres les haría poca gracia que alguien como yo, que no tenía ni un céntimo y ni siquiera había acabado la carrera, se llevase a la hija." [p. 116].

"Jaime, niño de ciudad, se sorprende de que la gente de campo pueda saber por las huellas cuándo un caballo se ha detenido pero no dice nada." [p. 138].

Sin embargo, esta Lima que simboliza el poder y la alcurnia de la burguesía peruana en *Otras tardes* se verá reemplazada por el balneario de Miraflores, símbolo de la modernidad y del nacimiento de una nueva clase social. En efecto, la Lima de la que se habla en el libro de Loayza es de una ciudad antigua, vieja y elegante, ahora son tiempos de transición, de apertura y ello lleva al sujeto a cambiar su conservadora idea de una nación sólida, arraigada a sus tradiciones por otra negativa, moderna, caótica: "¿Qué quedaba de la ciudad delicada en el caos ruidoso e impersonal que sigue llamándose Lima?" [p. 99]. Además de ello, la idiosincrasia de los nuevos limeños se manifiesta ajena a la de los anteriores habitantes; este rasgo contribuye a forjar una idea negativa de la nación: "Esa fue la respuesta a sus preguntas: la desconfianza, el temor, los malos modos eran la nota de modernidad" [p. 94].

A todo esto se suma la frágil capacidad de evocación de los personajes por su ciudad. Aplastados por estos fenómenos de modernidad, los habitantes han perdido el recuerdo en sus memorias, lo cual refuerza el sentimiento de no pertenencia y desarraigo⁵. Esta sensación se torna irreconciliable en el interior de Jaime, protagonista del relato "Padres e hijos", quien es uno de esos limeños que evoca la transición entre lo nuevo y lo viejo. Durante su escrutinio a la arquitectura de la ciudad, Jaime reconoce muy bien los

⁵ En cuanto al aspecto de desarraigo emocional y emotivo me apoyo en las ideas de Enrique Bruce expuestas en su artículo sobre *Otras tardes*: "La sequía emocional se relativiza: no hablamos entonces de una infancia o de una adolescencia desprovista del todo de intensidades afectivas, sino que la memoria las ha silenciado". "La temática del desarraigo en el relato 'Padres e hijos' de Luis Loayza". En: *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*. Lima, N° 32. 1999.

edificios y construcciones recientes, pero no es capaz de recordar cabalmente su espacio:

“A veces había desaparecido lo que buscaba o se esforzaba en vano por restablecer una calle desfigurada o recobrar el rancho cuyo lugar ocupaba ahora un edificio recién terminado; otras, ciertas casas o calles parecían a punto de decirle algo, pero aunque se detenía y esperaba pacientemente, **la voz que sonaba en la memoria era demasiado tenue y confusa, como cuando alguien habla en la habitación de al lado y no distinguimos las palabras**” [p. 95].

Es por esta razón que Jaime se ve obligado a recurrir a fotos e imágenes antiguas en donde se ven los principales lugares de esa antigua ciudad suya. Se comprueba, entonces, que esta nueva nación se presenta como un enorme desorden, cuyos habitantes se muestran hoscos y distantes. En resumen, esta Lima moderna no mantiene filiación alguna con la anterior que, contraria a ella, tenía un pasado glorioso y aristocrático que ya no figuraban en la memoria colectiva de sus “inquilinos”:

“**No leía los artículos, se demoraba en las imágenes, testimonios de una ciudad perdida que solo dura en las memorias frágiles y malas fotografías.** Había alcanzado a conocer de niño sus principales puntos de referencia, ahora desaparecidos o transformados: el Jirón de la Unión, la Colmena, el Paseo Colón, el Parque de la Exposición, Santa Beatriz, los Baños de Barranco” [p. 98].

Como se ha podido apreciar, el espacio en *Otras tardes* se muestra como un espacio nuevo y caótico [los balnearios de Miraflores] que desplaza al antiguo [el centro de Lima], cuyas características revelaban el orden y un esplendor ahora perdido. Este suceso crea malestar y reticencia a lo nuevo por parte de sus habitantes, quienes además han olvidado esta antigua ciudad, por lo que se ven obligados a darse una idea de nación fragmentada, y es esto mismo uno de los motores de la desidia en los personajes de los relatos de Luis Loayza en *Otras tardes*.

EL PROTAGONISTA Y EL DESINTERÉS DE VIDA SUSCITADO POR LA CIUDAD-NACIÓN

Como se ha podido ver, el centro de Lima es definido como espacio único frente a otras localidades. Loayza configura en sus relatos un personaje desligado de la vida y el desinterés que ella provoca. Dentro de la pequeña patria limeño-peruana, el habitante es presa de síntomas de desgano y desidia vital. Influyen demasiado la densidad y el gris manto nebuloso ciudadano, los cuales enajenan al individuo, pero esta explicación no se da como contraposición al positivismo, como lo hacía Clemente Palma, sino que el tono se acentúa en la ironía. Prueba de ello es el párrafo final del relato “La segunda juventud”, en donde el protagonista al ver frustradas sus posibilidades de iniciar una relación sentimental con Graciela se muestra resignado y desinteresado por todo su exterior. Sin embargo, en vez de

enfocar el problema en ello decide dar un giro entre absurdo y cómico para explicar su estado de ánimo:

“He empezado a leer el libro que me traje: es de un viajero francés que estuvo en el Perú a mediados del siglo pasado y **encontró que los limeños somos muy malas personas, dice que por culpa del clima.**” [p. 122].

No obstante, esta imagen desinteresada y absurda hacia la vida tiene un origen y un proceso de desarrollo. El personaje principal en cada uno de los relatos adolece de este elemento temático, pero es en “Otras tardes” y “Padres e hijos” en donde el proceso se revela con mayor profundidad y claridad.

En el primer texto mencionado, el cual le da el nombre al libro, el personaje principal es Carlos, profesor de la universidad San Marcos que llega a concretar un romance con una mujer casada, cuyo nombre es Ana. Loayza hace uso de un narrador omnisciente, sabedor únicamente de los pensamientos del protagonista. Posteriormente, Carlos sufrirá la adicción que produce todo enamoramiento tormentoso, decidiendo traspasar los tácitos límites que su relación libre de ataduras suponía. Con el tiempo Ana se va a vivir a Chosica, por lo que los encuentros con Carlos disminuyen, y es allí cuando ella empieza una relación extramatrimonial con otra persona, ante lo cual el protagonista se siente invadido por una noción de pertenencia, celos, ira e insuficiencia para retenerla a su lado.

A lo largo de la historia, el narrador precisa el carácter impasible y desencantado del protagonista. Los juicios que la narración ofrece al lector son muchos, y en varios casos muy explícitos en cuanto a la configuración psicológica de este personaje, que en realidad es un calco de los demás personajes del libro, todos ellos demuestran desidia y desgano ante todo lo que les rodea:

“Después de dictar el curso en que la conociera, Carlos no tenía más obligaciones durante meses y, a pesar de sus buenos propósitos, **aún no había sacado la tesis del cajón del escritorio donde esperaba que recobrase las ganas de trabajar.**” [p. 21].

“A veces se acordaba de otra muchacha que le ensombrecía los años de adolescencia con un amor casto, burgués, psicossomático, y que durante mucho tiempo asediara sus sueños como un fantasma: **desde entonces Carlos había organizado lo que para sí llamaba una vida de razón, en la que defendía su irresponsabilidad —no decía: mi libertad—, su apatía, sus lecturas, el trato con ciertas personas y lugares.**” [p. 22].

Mucha de la apatía es producto del oscuro clima limeño. Loayza introduce este argumento como parte de una respuesta de la dejadez inexplicable de Carlos. Se aprecia que Lima es una ciudad fría y calurosa, pero que sus grados de temperatura no logran encender la pasión de Carlos y Ana. Inclusive, la relación sufre la influencia de este fenómeno, tornándose por instantes silencioso y con tensiones cargadas. Los estados meteorológicos limeños no favorecen el amor, pero sí el aletargamiento de las pasiones.

Por tal motivo, el desinterés se fundamenta a lo largo de la relación sentimental de Carlos con Ana y la ciudad:

“Mientras le contaba esto a Ana —estaban sentados en el escritorio— **comprendió que no haría nada de eso, que hablaba llevado por la impaciencia, el frío, el desgano: terminaría la tesis de cualquier manera. Ana también se quejaba de la humedad, de esa falta de luz que la deprimía mucho. [...]** Ninguno de los dos tenía ánimos para nada.” [p. 25].

“[...] pero Ana estaba de mal humor, **volvió a echarle la culpa al clima:** ese día no lograban hablar de otra cosa.” [p. 26].

Por otro lado, en el relato “Padres e hijos”, Luis Loayza se sirve nuevamente de un narrador omnisciente para retratar la indiferencia de sus personajes. Será este quien presente el origen del desgano de Jaime —el protagonista de la historia— a través de las reflexiones que sostiene luego de recoger datos sobre el carácter de su padre fallecido cuando él tenía siete años de edad. En esta narración solo hay dos sujetos actuantes que dirigen el desarrollo argumentativo. Uno de ellos es el protagonista y el otro el tío Ricardo, hermano del padre de Jaime además de ser su tutor. Decididamente en este relato, el factor y origen de la desidia de los personajes ya no es la directa incidencia del clima, sino la herencia de sangre. Se traban conversaciones entre los personajes ejes, en donde el Jaime intenta saber más sobre la vida de su progenitor. Entonces, el tío Ricardo, hombre parco y de escuetas conversaciones que está próximo a morir, le revela a su sobrino las características y rasgos de la personalidad de su padre. Se verá que el protagonista va recopilando información a través de cartas, fotografías y principalmente de las charlas con su tutor, quien explica sin mayores detalles el carácter descreído de su padre:

“—**Tu padre siempre fue un poco así.** Yo le decía que no le gustaba vivir, pero en broma y no sé si era verdad. Es curioso cómo uno puede criarse con alguien, verlo todos los días, años y años, y luego pensar que no sabes quién es.” [p. 87].

Ahora obsérvese el carácter similar en la conducta de Jaime en las citas siguientes:

“Unos meses antes el matrimonio de Jaime había terminado, después de más de veinte años. **Se le ocurrió enamorarse y no tuvo la voluntad suficiente para tomar una decisión,** o el valor o la honradez, o no quería a su amante o en verdad no quería a nadie [la interpretación había sido tema de infinitas discusiones que lo dejaron harto de hablar y hasta de pensar en el asunto], en fin, lo que fuera, no se decidió a dejar a su mujer ni a romper con su amante, ambas relaciones se fueron deshaciendo y al final las dos mujeres lo dejaron a él.” [p. 89].

“**Se preguntaba si al momento de morir su padre había sentido la misma indiferencia.**” [p. 101].

Hay una evidente correlación entre Jaime y la imagen de su padre que va descubriendo poco a poco. Es en este lento recorrido entre hallazgos y sorpresas que el protagonista se ve reflejado en su desconocido padre: en ambos mora un sentimiento de apatía. Sin embargo, Enrique Bruce recalca la diferencia de caracteres entre ambos personajes —la cual es una interpretación un tanto forzada— y que el encuentro de Jaime con su padre le sirve al personaje principal para encontrarse cara a cara consigo mismo: “El ‘encuentro’, a través de la evocación, entre padre e hijo, y el descubrirse Jaime a sí mismo a través de dicho encuentro con su padre, se hará por consiguiente de modo más dramático, debido al contraste de ambos caracteres”⁶.

Durante todo el relato el lector puede advertir una serie de alusiones a la semejanza entre padre e hijo: “Lo cierto es que tenía la impresión de una búsqueda que llega a su fin, **se sentía muy cerca de su padre, separado de él tan solo por una puerta que podía abrirse de un momento a otro**” [pp. 97-98]. Pero este definitivo reconocimiento se da en la escena siguiente: el tío Ricardo está en una sala de hospital a punto de morir y manda a Jaime a buscar un sobre que estaba en el escritorio del despacho del enfermo. Al encontrar el sobre, también encuentra un puñado de fotos en las que Jaime reconoce a su padre. Es en una de estas fotografías en donde por primera vez él aprecia la mirada de su padre y reconoce en ella muchas sensaciones y sentimientos compartidos: “Estuvo sentado largo rato con la fotografía ante sí. El tío Ricardo había dicho la verdad. En la mirada de su padre se agolpaba el sufrimiento, el deseo de muerte que también él había conocido” [pp. 106-107]. Un poco antes del final del texto, Jaime descubre que su imagen es la imagen misma de su padre, es decir, se ve ante un espejo: “Un par de años antes, en el peor momento de sus desgracias, Jaime se sorprendió una mañana en el espejo una mirada de animal acosado, la misma que ahora encontraba en la fotografía de su padre” [p. 106]. Ahora bien, esta confrontación, este descubrimiento entre padre e hijo establece una relación de alteridad, es decir, el yo y el otro que confirma y reafirma a Jaime como su padre, posibilitando que ambos se reconozcan. De acuerdo con Mijail Bajtín la alteridad se entiende en estas palabras:

“Yo no miro al mundo con mis propios ojos y desde mi interior, sino que yo me miro a mí mismo con los ojos del mundo; estoy poseído por el otro. No existe aquí una integración ingenua entre lo extrínseco y lo intrínseco. Espiar su propia imagen *in absentia*. La ingenuidad de la fusión de mí mismo y del otro en el espejo.”⁷

Sin embargo, habría que resaltar que este descubrimiento sufre una alteración. Párrafos antes, Jaime decide hacer un viaje a Cusco en correspondencia a la invitación de una pareja de casados amigos suyos. Es durante esta visita que Jaime encuentra crecido al hijo de sus amigos, entonces es invadido por una nostalgia y una paternidad negada hace muchos años: “Antes no le había importado no tener hijos pero en los

⁶ Bruce, Enrique. op. cit.

⁷ Bajtín, Mijail; *Hacia una conciencia del personaje: los borradores de Bajtín*. Paidós. p.135

últimos tiempos empezaba a echarlos de menos, al ver a los hijos de los amigos” [p. 101]. Esta desolación retorna a la mente del protagonista cuando advierte que él y su padre son casi la misma persona. En un momento de la reflexión se invierten los roles y Jaime llama hijo a su padre, asumiendo su lugar, en donde la frase final “hijo mío” asume la postura paternal de Jaime como si se estuviese viendo en un espejo a él mismo como padre de aquel hijo que no tuvo. Es decir, Jaime ve en su padre a un hijo, a su hijo perdido, pero al mismo tiempo él es también un hijo:

“Había hallado lo que buscaba, había visto a su padre, la fotografía era más que una simple imagen o un recuerdo. Hubiese querido llegar a él y protegerlo, advertirle el peligro, darle un abrazo. Era demasiado tarde. Pobre muchacho, pensó, caíste en la trampa. Nadie te dio la mano, hijo mío, mejor renunciar, acabar de una vez. [...] Mientras hablaban Jaime volvió a tomar la fotografía, que distinguía mal: su padre inclinaba a un lado la cabeza y lo estaba mirando.” [p. 107].

En consecuencia, el personaje en *Otras tardes* es un sujeto enteramente alienado y desinteresado. Loayza desarrolla un espacio ciudadano sectario que margina y distancia a sus propios habitantes. En este sentido, Lima y su centro son un núcleo en donde los personajes desarrollan anticuerpos y recelo ante lo “foráneo”. Empero, este espacio se verá desplazado por el crecimiento inminente de la ciudad y a su modernización. Una vez que los habitantes son agrupados en los nuevos distritos y balnearios de la capital, ellos mismos se ven influenciados por las propias características del lugar en el que habitan. Lima, su temperatura y su geografía de asfalto enajenan a los personajes llevándolos a la desidia y la desorientación en sus proyectos de vida. La nación [Lima] en este texto deshumaniza al hombre automatizándolo, y lo conduce al desconocimiento de sí mismo, de su origen. En otras palabras, el contemplar su génesis le hace reconocerse perdido en un espacio desértico, que es completamente nuevo, y es esa misma modernidad la que incita más a la habitual apatía y desidia. Además de ello, esta dejadez se ve alimentada por el traspaso casi genético entre generaciones. Por ello, el carácter de los personajes no solo es influenciado por el clima y la idiosincrasia de su ciudad, sino que también corresponde a un componente biológico heredado. La unión de todo esto termina por resquebrajar completamente la imagen de Lima como una nación estable y segura, y que ahora ni siquiera existe en la memoria de sus habitantes. Esta Lima anterior se verá reemplazada por otra caótica, indiferente y monótona: los pilares de la civilización moderna.

Reinhard Huamán Mori (Lima, Perú, 1979)

A realizado los estudios de Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Posee diversas publicaciones de poesía, crítica y traducciones del italiano. Dirige la revista de literatura Ginebra Magnolia. Correo de contacto: reinhardhm@yahoo.com.